

DOCTRINA

**PRINCIPIOS ÉTICOS Y POLÍTICOS
EN “LA ILIADA”**

*Disertación del Dr. Horacio Sanguinetti al incorporarse a
la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
el 14 de mayo de 1986*

DISCURSO DE RECEPCIÓN POR EL ACADÉMICO DOCTOR ROBERTO REPETTO

En nombre de esta Academia, tengo el honor de recibir al Dr. Horacio Sanguinetti. Diremos unas pocas palabras sobre su rica, compleja personalidad. Ante todo, es un intelectual, un educador, un hombre de letras, un universitario, una mente abierta. Es persona que busca y defiende la verdad, fiel en esto al carácter intrínseco de la vocación intelectual.

Por otra parte, la cátedra, la función pública, el derecho, la literatura, han hecho de él un humanista, palabra que aquí designa una personalidad desarrollada armoniosamente en distintos aspectos de la inteligencia y de la acción. Es, también, un humanista por el sentido moral de su actitud ante la vida y por su contacto permanente con las disciplinas que enriquecen el patrimonio espiritual de la humanidad. De su vocación por las letras clásicas da testimonio su constante relectura de Homero y de Shakespeare y su admiración por Tolstoi, Kipling, Chesterton y la poesía de la generación de la guerra civil española.

Tocaremos sumariamente ahora la vida y la obra que avalan las firmaciones precedentes. Obtuvo su título de abogado en 1961; y en 1976 el de doctor en Jurisprudencia con su tesis sobre "Estudios y política en la Facultad de Derecho de Buenos Aires". Es profesor titular de Derecho en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en el Carlos Pellegrini; y titular de Derecho Público en la facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires. Es, asimismo, profesor titular de Derecho Político en la facultad de Derecho de la Universidad de La Plata y titular interino de esa materia en la facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Así, ha enseñado a la juventud a amar la libertad a través del derecho que la organiza y a comprender los valores éticos, políticos y jurídicos de nuestra Constitu-

ción, la Constitución histórica de los argentinos.

Además, tres obras ha escrito sobre la universidad: Universidad y estudiantes, Régimen administrativo de la universidad y La Reforma Universitaria. Los antecedentes reseñados revelan un universitario cabal, un temperamento que concreta en las altas casas de estudios su vocación humanista. Por lo demás, parece lógico que Sanguinetti, que siente vocación por la enseñanza, que cree en el derecho, en la tolerancia, en el diálogo, encuentre su ambiente natural en la Universidad, en ese reducto de la inteligencia imparcial que señala la distancia entre los que aspiran a la verdad objetiva y aquellos que conciben el mundo como representación de sus pasiones. Parece natural que se sienta cómodo en esos colegios morales donde, ante la propensión de los hombres a confundir sus pasiones con la verdad, se exponen y se difunden conocimientos puros apoyados en la independencia de criterio, finamente especializados por la ciencia y, sin embargo, integrados en la unidad superior de la sabiduría.

Hay otro aspecto fundamental en la vida de Horacio Sanguinetti: ha sido alumno, celador, abanderado y medalla de oro del Colegio Nacional de Buenos Aires, por el que siente apasionada predilección. Ha escrito su historia en un pequeño libro importante. Según se sabe, hoy es en esa Casa profesor por concurso y Rector, como lo fue su padre Florentino Sanguinetti, humanista y universitario ilustre. Lo he visto restañar las heridas infligidas al muy noble colegio durante la devastadora decadencia que durante muchos, muchos años, ha signado la historia política y la historia moral de la República. En nuestros días, en esa posición ha defendido con serenidad, algunas veces con éxito, valores permanentes de la enseñanza contra los errores de la hora; sobre todo, contra la muy acusada inclinación a reducir el esfuerzo, al "facilismo" y a la nivelación hacia abajo.

Asimismo, ha escrito sobre nuestra historia política en este siglo. A modo de ejemplo, mencionaremos dos obras: La democracia ficta y Los socialistas independientes. Añadiré que hace muy poco ha publicado un curso de derecho político cuyo prólogo ha sido escrito por Jorge Xifra Heras.

En cuanto a la historia política concierne, para sugerir la diversidad y la universalidad de las inquietudes

de Sanguinetti, recordaremos tres libros suyos: Historia política de la provincia de Córdoba; otro que se titula Deodoro Roca; otro cuyo título es Razón del Pueblo, que es una cuidadosa antología sobre el pensamiento de Robespierre. Es justo señalar que se trata de antologías cuya materia ha sido agrupada con orden y lógica, precedidas por un prólogo que constituye un ensayo cabal. Adviértase lo que significa tratar, a través de Robespierre, con perfecto dominio, una época compleja y tormentosa de la la Revolución Francesa, para luego pasar con Deodoro Roca al corazón de la Reforma Universitaria de 1918, a través del pensamiento de uno de sus hombres principales.

En los términos de esta presentación no podemos decir más sobre su obra escrita. Imposible, sin embargo, omitir una referencia siquiera sea sumaria, a uno de los libros antes mencionados: Los socialistas independientes. En ese libro dibuja minuciosamente Sanguinetti las líneas de fuerza de una época; y dentro de ellas retrata a los hombres y las pasiones del tiempo. El conjunto transmite una poderosa sensación de realidad, apoyada en una documentación completa. Hay un aspecto notable: el autor, no sé si voluntariamente, articula cuidadosamente un cúmulo de antecedentes y luego desaparece ante la realidad por él mismo creada, como si su propósito hubiera sido evocar la vida que fue mediante una documentación que habla por sí, sin la intervención del autor. Creo que esta aparente impersonalidad le hubiera gustado a Flaubert. En todo caso, el efecto está logrado.

Pero, además, el libro tiene una virtud poco frecuente en nuestros hombres públicos: hay una constante voluntad de estilo y ha sido urdido con experiencia literaria. Se siente que fue redactado con calma, con esa preparación reposada que da unidad y fuerza a la contextura de las ideas y de las formas. Luego, ha sido pulido y posiblemente, esto no lo sé, repulido. Lo cierto es que el autor en ningún momento abandona el cuidado en el fraseo. Entendemos que este libro permanecerá en nuestra literatura política.

Como sugerimos antes, siente Sanguinetti la perfección clásica sobre todo bajo la forma griega, tiene el sentimiento de la belleza y la majestad de los monumentos creados por la cultura griega que viven para siempre en la memoria de los hombres. Esto explica el tema de la disertación que escucharemos hoy sobre Principios políticos y

morales de la Iliada, obra que lo apasiona, cuyos personajes conoce a perfección. Los ha visto desde adentro, con la mirada interior del intelectual.

Concluido el aspecto académico de esta presentación, dos reflexiones últimas: Por lo común, al recibir a un académico no se mencionan sus predilecciones íntimas, las emociones que constituyen un hombre, a veces lo más valioso de él, como si su prestigio disminuyera al mencionar los aspectos más personales de su condición humana. Nos apartaremos ahora de esa línea para mencionar que Sanguinetti es lector asiduo de poesía. Nosotros tenemos por cierto el concepto de Aristóteles, según el cual la poesía, en cuanto busca y expresa las últimas esencias, es más filosófica que la historia. Hay más: a veces Sanguinetti escribe poesía. Leeremos ahora un poema que dedica a la memoria de su padre. Es un poema significativo y no literario. Dice así:

Padre mío:

el agua de la acequia
prolija, cambiante, multiforme,
el arrullo de la tórtola en la siesta,
estos aromas, estas claridades,
el suave coro del viento,
son los consejos que escucho.
Sé bien que de algún modo
su rigurosa ternura
florece como un árbol en la orilla,
e interrogo a la sombra benevolente
—rastreo viejas heridas y huellas—,
en procura de revelaciones y continuidades.
Entiendo que prolongó su sombra
a sabiendas, procuro
esa nobleza y ese coraje
para nadar en la cresta,
renovado y antiguo,
con su severa alegría,
su acción en calma,
su impaciente serenidad.

*Yo sé que usted me comprende, y aprueba
aun lo incomprensible,*

*y en la amistad de nuestras horas postreras,
y en el apretón final, lúcidamente inconsciente,
interpreto el mensaje último y primero,
el de siempre.*

No tema, no habré de traicionarlo.

*Yo agradezco esa fuerza gozosa que heredo;
salvaré la pasión y el decoro
seguiré el llamado:
cruzar el desierto,
asumir la dignidad,
rescatar el amor inmenso,
santificar la libertad.*

Concluimos. Así, por su cultura superior y su excelencia moral es bueno tenerlo entre nosotros. Y también por su juventud. Una academia no es, no debe ser, una reunión de personas retiradas que se dedican a admirar sus propias facultades. Porque, como dice con razón Marañón, las academias "fueron al nacer y deben ser siempre, órganos activos de cultura, libres y ágiles, en cierto modo rebeldes frente a la cultura oficial, que es necesariamente retardataria y parsimoniosa. Nuestra es la responsabilidad si las convertimos en algo que tiene la apariencia de museo arqueológico de reputaciones, y anticipado panteón de hombres que son, o que pudieran ser ilustres".